

Asuntos de familia

Capítulo I: El descubrimiento

Los niños son geniales, recuerdo la primera vez que llevé a mi sobrina al parque. Me visualizo allí como el tío más orgullos del parque Félix, con esa niña alegre de rizos impenetrables y de repente, en frente de ese padre gabonés, me pregunta a gritos con esa carita angelical que parece que nunca ha roto un plato:

–Tío, ¿por qué todos los negros son malos?

Yo, super nervioso, me la tuve que llevar de la zona de recreo cuestionándome la educación que mi hermana estaba dando a pobre la criatura.

–Matilda, ¿por qué piensas que todos los negros son malos?

–El hombre araña va de rojo, pero cuando se vuelve negro se vuelve malo y también en el cómic de Sombra, y en el de...

–Matilda, la próxima vez piensa en Batman– exclamé aliviado,

–Batman no me gusta, se parece a los disfraces de los abuelos.

Eso me alivió un poco, no en el sentido universal de «Ubuntu» en el que la educación de los infantes es responsabilidad de toda la tribu, pero al menos quité de mi cabeza la imagen de mi hermana y mi cuñado vestidos de las SS en una fiesta privada y ese vago presentimiento de formar parte de una familia disfuncional.

Cuando conseguí apartar en un rincón de mi cabeza esos oscuros pensamientos me vinieron a mi mente las imágenes de mi madre vestida de Batman y me dio la risa, aunque una sensación de desazón se instaló de forma perene hasta que llamé a mi madre.

–Mamá, dice Matilda que tenéis disfraces de Batman.

–¿Quién es Batman?

–El Hombre Murciélago.

–¿Murciélago? En el pueblo sí, pero aquí con el Michi no quedaría ni uno.

–No, mamá, un disfraz con careta y así todo negro.

–Hay la niña, qué cosas tiene, ese es mi traje de Dominatrix.

–¿Dominatrix? ¿De qué hablas?

–Como no parabais de insistir en que aprendiese cosas nuevas en mi jubilación, pues ya ves, es como un hobby.

–Mamá, yo te apunté al curso de «Aprende a usar tu móvil» del centro cívico. No sé de dónde sacas esas ideas tan extravagantes.

–Extravagante dice, si salía en el semanal de «Mujer Hoy: Especial 10 ideas para revitalizar tu vida sexual» y ya sabes que tu padre y yo después de cuarenta años necesitábamos revitalizar...

–Para, para, no quiero saberlo.

–Uy, hijo que anticuado, pues que sepas que 6 de cada cinco parejas ya lo han probado, que lo decía la revista.

–Eso no puede ser cierto.

–A ver si vas a ser tú más listo que la de «Corazón, Corazón».

Interrumpí la conversación ahí mismo ya que pensaba que si mi madre tenía problemas para enviar WhatsApp y colocaba el emoticono de la luna para cualquier uso de lo más variopinto, el hecho de comprar un traje de látex por «*Wish*» no tenía nada de preocupante y no me iba a sentir obligado a llamar a los loqueros.

Capítulo II: el traductor el móvil

No le di importancia a aquella conversación hasta que una semana después me llamó mi madre mientras veía a las Chicas Gilmore.

–Hijo, te llamaba porque no encuentro el traductor en el móvil.

–Escribe traductor en Google.

–Ya lo he hecho y no me ha valido para nada.

–A ver deletreáme, y yo te traduzco.

–Es en alemán.

–Bueno Google te traduce.

Con un tono de robot soviético me deletrea.

–DIESER ANALPLUG IST NICHT FÜR EXPERTEN GEEIGNET.

–Dice algo así como que este juguete anal no es para todos los públicos.

–Caramba, será por eso por lo que no entra, gracias, hijo, voy a buscar otra cosa que está claro que a tu padre esto ni con preliminares. No te olvides de que el domingo te preparo lentejas y unos *tupperware* para la semana.

Colgué el teléfono sin entender muy bien qué había pasado, mientras tanto tuve sensación que las Chicas Gilmore me miraban mal por juzgar a mis padres.

Capítulo III: Problemas informáticos

Cada llamada de mi madre me ponía en tensión, mientras veía una reposición de Farmacia de Guardia y Romerales seguía teniendo problemas con la puerta, la foto de la cara sonriente de mi madre mostrando un bizcocho apareció en la pantalla de mi móvil.

–Hijo me he olvidado el *safeword*.

–¿*Password*?

–No sé para qué me maté a fregar portales para que fueras a clases de inglés. *Password* es contraseña *safeword* es otra cosa.

–Mamá el PIN del móvil es 1234 y lo tienes apuntado en la funda– contesté irritado.

–El del móvil no me lo olvido, hijo. ¿Acaso crees que tu madre es tonta? Ese está escrito. Te hablo de la palabra de liberación.

–¿De liberación de qué?

–De tu padre, hijo, que hay que explicártelo todo. Ya sabes estábamos jugando y esta vez no hemos usado «Frisbuki» porque en el libro dice: «No dejes que tu sumiso se acostumbre. Cámbiale la palabra de seguridad a menudo, si no la dice, es que no le duele» y ahora no me acuerdo cuál es la buena he probado con: «Mermelada», «Ricky», «Fistro», «Rajoy» y «Ayusolandia, tierra de libertad», pero nada que tu padre sigue ladrando.

–¡Guau, guau!

–¿Cómo que ladrando?

–Hijo, no hagas preguntas indiscretas que se me cae el liguero. Ladra porque es un perro y punto, ya sabes que tu padre siempre se involucra mucho en lo que hace.

–¡Guau, guau!

–¿Y qué cojones quieres que haga yo?

–Hombre como eres informático, algo sabrás de *passwords*, *safewords* y esas cosas; lo que está claro que de *Switch* no tienes ni idea.

–Por fin– exclama mi padre al otro lado del teléfono. Ya hemos descubierto la palabra clave.

–¡Ay, hijo! Que estábamos cambiando roles, ¡Ay! Y se me ha ido el santo ¡Ay! Al cielo, perdona ¡Ay!, luego os llamo, vale, vale ¡Guau, guau, guau!

Otro ejemplo claro del efecto «informático» cuando los técnicos de *helpdesk* arreglan problemas con su sola presencia. Subí el volumen de la tele y me sumergí en la apasionante historia de Concha Cueto.

Capítulo IV: Mi padre

Un día que me encontraba a solas con mi padre le pregunté que qué tenía que ver él con el asunto.

–Son cosas de tu madre, ya sabes cómo se pone.

–¿Y tú no tienes nada que decir?

–A veces.

–¿Eso pasa a menudo?

–No, pero el otro día cuando estaba en posición dominante le dije que esto no podía seguir así que nos íbamos a hacer daño. Así que ahora hemos pedido ayuda profesional antes de acabar en el hospital, no tenemos veinte años.

Me quedé aliviado al ver que aún quedaba algo de cordura en esa casa.

Capítulo V: Dorota

Pasaron unas semanas y yo evitaba visitar a mis padres. No por vergüenza sino por incapacidad de afrontar la situación. Hasta que la cara sonriente de mi madre con su bizcocho apareció en la pantalla de mi teléfono móvil. Como persona madura que soy afronté la situación y me puse a tararear una canción de *Hanna Montana* esperando a que se cansara de llamar. Ante la insistencia no me quedó otra que coger el teléfono.

–Hijo, me tienes que hacer un favor.

Un sudor frío recorría mi espalda como cuando estás andando por la sabana y oyes una fiera a la que no puedes ver.

–¿Sí?– emití un largo y nada natural sonido.

–Tienes que acercarte al aeropuerto, hoy viene la terapeuta y nosotros no podemos ir a recogerla.

Repliqué que encantado y apunté los detalles. Me sentí aliviado al saber que mis padres querían reconducir el aburrimiento de su jubilación por medios más tradicionales, al final todo son fases y a saber si yo mismo acabaré pasando por una como ellos.

Una hora después estaba en el aeropuerto con un cartel a nombre de «Dra. Dorota Kamenova». La doctora resultó ser una rusa espectacular con unas piernas larguísimas que acababan en un trasero tan perfecto que ni el mismísimo Miguel Ángel hubiese podido modelarlo en mármol de Carrara. Su rostro angelical no correspondía a un vozarrón fuerte y

autoritario que hubiese sido la envidia de cualquier guardia en un campo de concentración y se dirigía a mí con monosílabos secos, supongo que por el hecho de no controlar adecuadamente el idioma.

Me resultó extraño que mi madre acudiese a pedir ayuda a una doctora extranjera, pero ya era mayorcita para tomar sus decisiones. Al llegar a casa de mis padres Dorota insistió que no hacía falta que la acompañase, pero como mis padres no venían a abrir decidí usar mi llave. Descubrí aquel día que el primer paso de la terapia era la confianza ciega en la doctora desconocida, así que mis padres la esperaban desnudos y con los ojos vendados en el salón.

Discretamente salí sin despedirme y dejé que la profesional tomase las riendas del asunto.

Desenlace: Y comieron perdices

Con el tiempo entendí que no comprender las necesidades de mis padres no las convertía necesariamente en algo malo. Tampoco llego a entender por qué mi madre siguió el consejo diez de la revista en vez de quedarse en el tercero y haber comprado un Satisfyer o el segundo de ir a una playa nudista, pero me imagino que los caminos del señor son inescrutables.

Dorota se quedó durante un tiempo. En ese periodo nos enamoramos y ahora vivimos juntos. No ha dejado de ser la terapeuta de mis padres ya que es una profesional abnegada dedicada en cuerpo y alma a su trabajo. En su contra diré que para ser una profesional del ramo me sorprende lo poco discreta que es al discutir conmigo hasta el más íntimo detalle de todos sus pacientes.

Mis padres están encantados con la relación y de poder hablar con su nuera abiertamente durante las paellas de los domingos. Matilda y mi hermana nunca juzgaron a mis padres, lo que me hace pensar que puede que me haya vuelto un poco carca con los años y que el problema lo tuviese yo y no ellos. Mi cuñado hay veces que nos mira raro, pero más de una vez lo he pillado pidiendo consejos a Dorota.

Con Dorota todo me va genial, salvo por el hecho de que como dice el dicho «en casa de herrero, cuchillo de palo» y resultó ser una mujer super tradicional entre las sábanas, de vez en cuando, y sólo de vez en cuando, la imagino con una fusta en la mano mientras unas correas de cuero me atan a la cama, pero eso es otra historia.